



El hogar del alma

David Roper

¡C uán hermosa es la palabra hogar! Alguien dijo que «donde está el hogar, está el corazón». Oliver Wendell Holmes dijo que es en el hogar «donde nosotros amamos», es el lugar «de donde puede que salgan nuestros pies, pero no nuestro corazón».¹ John Howard Payne escribió: «Aunque en medio de placeres y palacios andemos, o sea muy humilde donde andemos, no hay lugar como el hogar».²

Por más maravillosas que sean las casas de la tierra, muchos de nosotros todavía anhelamos la casa que nos espera en el cielo. Deseamos experimentar lo que Pablo llamó estar «en casa con el Señor» (2ª Corintios 5.8, NASB) —estar en ese lugar al cual el sabio se refirió como la «morada eterna» (Eclesiastés 12.5), lugar al cual James Rowe llamó el «El hogar del alma»:

Si para el premio nos hemos esforzado,
Después que nuestras labores hayan terminado,
Descanso a nuestras almas se dará,
En la ribera de la eternidad.

Hogar del alma, hermoso hogar,
Allí descansaremos, para nunca más vagar;
Libres de toda inquietud, felices y animados,
Pues Jesús está allí, ¡y Él es la luz!...³

El propósito de esta lección es enumerar algunos rasgos del «hogar del alma», tal como éste se describe en Apocalipsis 21.9 a 22.5. A medida que avancemos, entendamos que es lenguaje simbólico el que se usa. ¿Cómo le describiría uno un iglú esquimal a un nativo de Nueva Guinea, o los lagos de Minnesota a un nómada del desierto,⁴ o la ciudad de Nueva York a un niño que jamás ha visto un edificio de más de un piso? En cada uno de los casos, la descripción que uno hiciera se basaría en lo que ellos habrían experimentado en la vida —y, en cada uno de los casos, tal descripción no alcanzaría el nivel de la realidad. Esto fue lo que ocurrió cuando Juan trató de describir el cielo.

Hace varios años, a una pareja de cristianos les nació una hermosa niña. Al cabo de varias semanas, los padres de la niña notaron que ella tenía problemas de visión. El oftalmólogo les dijo: «Su hija Mary está casi ciega. Puede que jamás llegue a ver». Luego añadió: «Pero es posible que cuando cumpla doce años, por medio de una operación se le pueda dar una visión casi normal».

Imagínese usted cómo debieron de haberse sentido los padres de Mary mientras esperaron largos doce años. Cuando Mary por fin llegó a la

¹ Citado en Herbert V. Prochnow, *A Dictionary of Wit, Wisdom, & Satire (Diccionario de ingenio, sabiduría y sátira)* (New York: Popular Library, 1964), 129. ² «Home, Sweet Home» («Hogar, dulce hogar»), de la ópera *Clari, the Maid of Milan (Clari, la doncella de Milán)* (1823). Citado en John Bartlett, *Bartlett's Familiar Quotations (Citas Familiares de Bartlett)*, 16th ed., gen. ed. Justin Kaplan (Boston: Little, Brown and Co., 1992), 405. ³ James Rowe, «Home of the Soul» («El hogar del alma»), *Songs of Faith and Praise (Cánticos de fe y alabanza)*, ed. Alton H. Howard (West Monroe, La.: Howard Publishing Co., 1994). ⁴ Estas primeras dos preguntas fueron adaptadas de Jimmy Jividen, «Homesick for Heaven» («Nostalgia por el cielo»), *Abilene Christian University Lectures* (1980): 54.

edad esperada, ellos hicieron los arreglos necesarios para que un importante cirujano de la vista que vivía en Europa le hiciera la cirugía. La operación se practicó en un hospital que estaba situado en los Alpes. Durante el tiempo de preparación, la madre de Mary la abrazaba a ésta, y, para entretenerla, le hablaba acerca de las imponentes montañas que las rodeaban.

Después de la cirugía, los padres, el cirujano y las enfermeras, esperaron ansiosos. Al final, llegó el momento de quitar las vendas. Una de las primeras vistas en que Mary posó sus ojos, fue la del majestuoso pico que se elevaba al frente de su ventana. Con lágrimas rodándole por sus mejillas, dijo: «Madre, ¿por qué no me dijiste que este mundo es tan hermoso?».

La madre de Mary la tomó en sus brazos y le dijo: «Mary, traté de decírtelo, ¡pero sencillamente no pude!».

De un modo semejante, cuando los hijos de Dios redimidos vayamos a casa, a la gloria, diremos: «Hermano Juan, ¿por qué no nos dijiste lo hermoso que es aquí arriba?». Él nos dirá: «Hijitos, traté de explicarles en el [...] libro de Apocalipsis, pero sencillamente no pude».⁵

Cuando me esforzaba con el capítulo 20, deseaba tener los pensamientos de Salomón. Cuando escribo sobre los capítulos 21 y 22, deseo tener la lengua de David. Haré lo mejor que pueda por ayudarle a usted a comprender el simbolismo de estos capítulos. ¡Después de que haya hecho así, no nos quedará más que asombrarnos de lo maravilloso que será el cielo *en realidad!*

Esta lección será sobre 21.9–21, y la que sigue abarcará 21.22—22.5. El énfasis de esta presentación se hará sobre cuán hermosa es la ciudad.

LA IMPONENTE VISIÓN (21.9–11a)

Así empieza el texto que estamos estudiando: «Vino entonces a mí uno de los siete ángeles que tenían las siete copas llenas de las siete plagas

postreras, y habló conmigo, diciendo: Ven acá, yo te mostraré la desposada,⁶ la esposa del Cordero» (vers.º 9). Es algo sorprendente que el mensajero que se escogió para la ocasión, haya sido uno de los ángeles que vertieron las copas de ira. Tales copas estaban relacionadas con venganza y desesperanza, sin embargo esta vez el mensaje es de victoria y esperanza. Puede que se haya seleccionado este ángel para que pudiéramos apreciar el contraste que hay entre la antigua, «gran» Babilonia, y la nueva, santa Jerusalén. En 17.1, uno de los ángeles que tenían las copas de ira, dijo a Juan: «Ven acá, y te mostraré la sentencia contra la gran ramera». Ahora, uno de esos siete ángeles (tal vez el mismo), decía: «Ven acá, yo te mostraré la desposada, la esposa del Cordero».

Hace mucho tiempo, a Moisés se le permitió subir al monte Pisga para que viera la Tierra de Promisión (Deuteronomio 3.27; 34.1). De un modo semejante, el ángel «llevó en el Espíritu [a Juan]⁷ a un monte grande y alto»,⁸ con el fin de mostrarle «la gran ciudad santa de Jerusalén, que descendía del cielo, de Dios,⁹ teniendo la gloria de Dios» (vers.ºs 10–11a).

LA RESPLANDECIENTE CIUDAD (21.11, 15, 16b, 18b, 21b)

La ciudad que descendió brillaba con luz trémula, tal como lo hace una joya preciosa: «Y su fulgor era semejante al de una piedra preciosísima, como piedra de jaspé, diáfana como el cristal» (vers.º 11b). Lo que Juan vio, fue «la gloria de Dios» (vers.º 11a). En la escena del trono que vimos al comienzo, a Dios se le describió diciendo que su aspecto era «semejante a piedra de jaspé» (4.3). En esta nueva escena, vemos que la creación asume una de las cualidades del Creador. Ella también tiene el fulgor de la «piedra de jaspé, diáfana como el cristal». Imagínese un diamante que centellea, e irradia los colores del arco iris.¹⁰

⁵ La historia de Mary fue adaptada de W.B. West Jr., *Revelation Through First-Century Glasses (Apocalipsis visto a través de los ojos de uno que vivió en el siglo I)*, ed. Bob Prichard (Nashville: Gospel Advocate Co., 1997), 150. ⁶ La iglesia es la esposa del Cordero (vea Efesios 5.22–32). Hemos sugerido que el término «esposa» de 21.2, 9, se refiere a la iglesia glorificada en el cielo. (Vea las notas sobre 21.2, en la lección «He aquí, yo hago nuevas todas las cosas».) Como ya se dijo anteriormente, es difícil distinguir entre las personas (la iglesia), y el lugar (el cielo): El ángel dijo a Juan que le mostraría una esposa (vers.º 9), sin embargo le mostró una ciudad (vers.º 10). ⁷ Esto no necesariamente indica que Juan fuera llevado corporalmente, sino que su espíritu estaba bajo el dominio del Espíritu. Vea las notas sobre 1.10, en la lección «Uno semejante al Hijo del Hombre». Vea también el pie de página 5 que está en la lección «Vea las cosas como Dios las ve». ⁸ Compare este evento con el evento que se describe en Ezequiel 40.2. Juan fue llevado al *desierto* para que viera Babilonia la grande, pero ahora es llevado a una *montaña* para que vea la nueva Jerusalén. ⁹ Este no es el descenso de una segunda ciudad, ni es el descenso por segunda vez de la misma ciudad, sino que es el mismo evento de que se habló en 21.2. Apocalipsis a menudo se refiere al mismo evento más de una vez (compare 14.8 y 18.2; vea 9.20 y 16.9). En cuanto al posible significado de «descendía del cielo, de Dios», vea el comentario sobre 21.2 en la lección «He aquí, yo hago nuevas todas las cosas». ¹⁰ Vea las notas sobre el jaspé en la lección «Vea las cosas como Dios las ve».

El ángel «tenía una caña de medir, de oro, para medir la ciudad, sus puertas y su muro» (vers.º 15).¹¹ El tamaño de la ciudad era asombroso: «[El ángel] midió la ciudad con la caña, doce mil estadios; la longitud, la altura y la anchura de ella son iguales» (vers.º 16b). Un *estadio* (una medida romana) equivale más o menos a un octavo de milla.¹² Así, en la NASB se lee que la ciudad medía cerca de «mil quinientas millas»¹³ en todas las direcciones: ¡Mil quinientas millas de ancho, mil quinientas millas de largo y mil quinientas millas de alto!

Mil quinientas millas : ¡Esa «es más o menos la distancia que hay entre Londres y Atenas, entre Nueva York y Houston, entre Delhi y Rangún, entre Adelaida y Darwin»!¹⁴ Mil quinientas millas por mil quinientas millas: Esta «¡área equivale a 8,4 veces el estado de Texas, y es más grande que Australia o Europa»!¹⁵ Y esto no es todo, ¡la ciudad mide mil quinientas millas de *alto*! Imagínese un edificio de cien pisos. (Sólo hay unos pocos en el mundo que tienen tal altura.) Extienda en su imaginación este edificio hasta que cubra América del Norte. Extiéndalo hacia arriba hasta que alcance ciento *cincuenta* pisos de alto. Ahora maravílese de esto: ¡Se podrían colocar *noventa* edificios de ese tamaño en un cielo de mil quinientas millas! ¡Sería muy poco decir que esta ciudad es algo jamás visto en la tierra!

Las increíbles dimensiones que se dan en el versículo 16b, nos dicen dos cosas acerca de la ciudad. En primer lugar, la ciudad es perfecta, tal como se refleja en el uso que se hace del número «doce», el número simbólico que predomina en este tramo de Apocalipsis (21.12, 14, 21; 22.2). «Doce» —el número de la Deidad («tres») multiplicado por el número de la creación («cuatro»)— encerraba la idea de lo completo o lo perfecto.¹⁶ La cifra más grande de «doce *mil*» significaba la

perfección *completa*.¹⁷ También dramatizaba la perfección de la ciudad el hecho de que ella tenía forma de cubo;¹⁸ los antiguos consideraban que el cubo era símbolo de perfección. El Lugar Santísimo que estaba en el templo, era un cubo perfecto (vea 1º Reyes 6.20), y la nueva Jerusalén ha sido llamada el *máximo* «Lugar Santísimo».

En segundo lugar, las extraordinarias dimensiones dan a entender que la ciudad está abastecida con suficientes provisiones para los que realmente desean ir al cielo (aquellos cuyo deseo de ir es suficiente para motivarlos a hacer preparativos). La invitación se puede extender a *todo el mundo*: «Y el Espíritu y la Esposa dicen: Ven. Y el que oye, diga: Ven. Y el que tenga sed, venga; y el que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente» (22.17).

Un detalle más se da en relación con la ciudad como un todo: El versículo 18 dice que «la ciudad era de oro puro, semejante al vidrio limpio» (vers.º 18b), mientras el versículo 21 revela que «la calle de la ciudad era de oro puro, transparente como vidrio» (vers.º 21b). ¿Oro que brillaba con luz trémula como un diamante? ¿Oro tan transparente como el vidrio? Los materiales de construcción no son terrenales, lo que constituye una proclamación en el sentido de que el cielo es tan valioso como el oro, tan puro como el más fino de los cristales.

EL MURO PROTECTOR (21.12a, 14, 17, 18a, 19–20)

La atención de Juan se centró después en el muro de la ciudad. En el siglo I, toda gran ciudad tenía muros para su protección. De igual modo, la ciudad celestial «tenía un muro grande y alto» (vers.º 12a).

Tomando la caña de medir, de oro, el ángel «midió la muralla, y tenía 144 codos de espesor, según las medidas humanas que el ángel em-

¹¹ Vea Ezequiel 40.3. Anteriormente, a Juan se le había dado una caña para medir el templo (11.1). Esa medición se hizo con una *vara*, y tuvo como propósito la protección. (Vea las notas sobre 11.1, en la lección «¿Daremos la talla?».) En el capítulo 21, la medición se hace con un instrumento de *oro*, con el propósito de impresionarnos con lo imponente del cielo. ¹² Vea las notas sobre *estadios* y *estadio* que están en la lección «¡La siega ha llegado!». ¹³ La NASB trata de hacer más entendible el texto, mediante la conversión de las medidas romanas a millas. Desafortunadamente, esto destruye el simbolismo de los números. No hay significado simbólico en la expresión «mil quinientos», como sí lo hay en «doce mil» (como veremos más adelante en esta lección). N. del T.: Mil quinientas millas equivale más o menos a dos mil cuatrocientos kilómetros. ¹⁴ Leon Morris, *Revelation (Apocalipsis)*, rev. ed., The Tyndale New Testament Commentaries (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1987), 244. Sustituya con nombres de ciudades que estén a una distancia de dos mil cuatrocientos kilómetros entre sí, y con las cuales sus oyentes estén familiarizados. ¹⁵ Burton Coffman, *Commentary on Revelation (Comentario de Apocalipsis)* (Austin, Tex.: Firm Foundation Publishing House, 1979), 494. Una vez más, use una comparación con la cual sus lectores se puedan identificar. ¹⁶ Vea las notas sobre el significado simbólico de «doce» y sus múltiplos en la lección «¡Aquí hay dragones!». ¹⁷ El número «doce mil» resulta de multiplicar doce por mil, y el «mil», de multiplicar diez por diez por diez. (El «diez» por sí solo es símbolo de lo completo; repase las notas sobre «diez» en la lección «¡Aquí hay dragones!». ¹⁸ Una pirámide también habría llenado los requisitos del texto. La imagen de un cubo, sin embargo, parece más adecuada al contexto. En vista de que un cubo no se parece a una ciudad, le pedí a Brian Watts que dibujara una forma de ciudad cuya altura fuera más o menos como su anchura y longitud. Espero que usted perdone las inevitables insuficiencias de nuestros esfuerzos artísticos.

pleaba»¹⁹ (vers.º 17; NIV). Un codo era la distancia que había desde el codo del hombre hasta la punta del dedo medio de su mano (cerca de cuarenta y cinco centímetros). Así, en la NASB dice que el muro tenía «setenta y dos yardas».²⁰ ¿Setenta y dos yardas de altura, o de espesor? La NIV [en inglés] indica que el muro tenía setenta y dos yardas de espesor, pero la mayoría de los autores suponen que es de la altura que está hablando. No importa de qué dimensión esté hablando.²¹ Lo que importa es que se usó un símbolo de perfección: El doce multiplicado por sí mismo. La ciudad contaba con protección perfecta.

Al igual que la ciudad en sí (21.11), el muro estaba hecho de jaspe (vers.º 18a).²² Relucía con brillo no terrenal.

La característica más asombrosa del muro eran sus cimientos. Los muros de las ciudades de aquella época tenían normalmente un solo cimiento; pero éste tenía «doce cimientos», y sobre las piedras que los adornaban estaban escritos «los doce nombres de los doce apóstoles²³ del Cordero» (vers.º 14). Esto nos recuerda que el cristianismo fue «[edificado] sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo» (Efesios 2.20).

Además, el cimiento del muro de las ciudades de aquellos tiempos estaba normalmente oculto bajo la superficie; los cimientos de la ciudad celestial, sin embargo, estaban expuestos a la vista, y «estaban adornados con toda piedra preciosa» (vers.º 19a).²⁴ Trate de imaginar esta esplendorosa exhibición (vers.ºs 19b, 20). Le deslumbrará el verde del jaspe, el azul del zafiro, el café lechoso del ágata, el verde claro de la esmeralda, el blanco del ónice, el rojo de la cornalina, el verde amarillento

del crisólito, el violeta del berilo, el amarillo del topacio, el verde dorado del crisopraso, el azul del jacinto, y el violeta del amatista, la «piedra soñada». ¡Cuán espléndido tributo le rendían estas piedras preciosas al cimiento puesto por la enseñanza y el ejemplo de los apóstoles!

LAS ASOMBROSAS PUERTAS (21.12b, c, d, 13, 21a)

Juan describió también las puertas del muro. Las ciudades de su época tenían normalmente una sola puerta que se cerraba por la noche, o cuando eran objeto de ataques del enemigo; el muro de la nueva Jerusalén, en cambio, tenía un total de «doce puertas» (vers.º 12b) que estaban dispuestas así: «[...] al oriente tres puertas; al norte tres puertas; al sur tres puertas; al occidente tres puertas» (vers.º 13). No era el propósito de tener doce puertas dar a entender que «hay muchas maneras de llegar al cielo», pues Jesús proclamó que «la puerta» era Él (Juan 14.6; énfasis nuestro). Más bien, el número «doce» indica, de nuevo, la perfección: Abundantes oportunidades han sido dadas a los que están dispuestos a prepararse. El hecho de que las puertas estaban al oriente, al norte, al sur y al occidente, puede ser indicio del llamamiento universal del cristianismo; vendrían hombres de todos los rincones de la tierra (Mateo 28.19; Hechos 1.8).²⁵

Estaban de pie, junto a las doce puertas, «doce ángeles» (Apocalipsis 21.12c). ¿Era la misión de éstos impedir que entraran los indignos? Puede que éste haya sido el propósito (21.27; 22.15). Por otro lado, la Escritura dice de los ángeles que ellos son «espíritus ministradores, enviados para servicio a favor de los que serán herederos de la salvación» (Hebreos 1.14). También dice la Escritura

¹⁹ La frase «según las medidas humanas que el ángel empleaba», es una explicación razonable de la frase «de medida de hombre, la cual es de ángel» que se encuentra en la NASB [y también en la RV]. El punto es que el ángel no estaba usando algún sistema de medición celestial que fuera desconocido para los lectores de Juan. ²⁰ Una vez más, la NASB oculta el simbolismo del número que se usó. ²¹ Ni una ni otra posibilidad es arquitectónicamente factible, pero esto carece de importancia, porque las cifras son simbólicas. Para los propósitos del dibujo, le pedí a Brian Watts que tomara la medida como la altura del muro. ²² Compare esta descripción con la que se encuentra en Isaías 54.11–12. ²³ A algunos les preocupa innecesariamente «si Pablo fue tomado en cuenta o no». La expresión «doce apóstoles» señala a *todos* los apóstoles y está de acuerdo con el uso predominante que se hace del número simbólico «doce» en esta porción de Apocalipsis. ²⁴ A los comentaristas les fascina esta lista de joyas, y muchos la consideran un misterio a resolver. Algunos hacen notar que ocho de las piedras son las mismas que se encuentran en el pectoral del sumo sacerdote (Éxodo 28.15–21). Otros proponen que se trata de cierto giro en el uso supersticioso que se hacía de las joyas de aquella época. En vista de que en aquella época no había uniformidad en la nomenclatura de piedras preciosas, no podemos estar seguros de *qué* piedras se daban a entender con los términos usados en los versículos 19 y 20. Tal vez sea mejor imaginar el efecto *total* del despliegue en lugar de buscar un significado «más profundo». ¡Puede que la lista que sigue sea o no sea cien por ciento exacta en cuanto a los colores, pero sí presenta una imponente colección que hace que a uno se le salten los ojos! ²⁵ La enumeración de los cuatro puntos cardinales a menudo indicaba a toda la humanidad. (Vea las notas sobre el significado simbólico de «cuatro» en la lección «¡Aquí hay dragones!».)

que ellos se regocijan cuando las almas son salvadas (Lucas 15.7, 10), y que fueron ángeles los que llevaron a Lázaro al seno de Abraham (Lucas 16.22). Prefiero, por lo tanto, imaginar que los ángeles que están a las puertas son oficiales del Señor, cuya función es dar la bienvenida a los que se les dice: ¡«Bien, buen siervo y fiel [...] entra en el gozo de tu señor» (Mateo 25.23)!

Inscritos en las puertas estaban los nombres «de las doce tribus²⁶ de los hijos de Israel» (Apocalipsis 21.12d).²⁷ En vista de que las «doce tribus» se usan en Apocalipsis como símbolo del Israel espiritual (la iglesia; vea 7.4–8),²⁸ y en vista de que el propósito específico de Apocalipsis era animar a los miembros de la iglesia que eran objeto de persecución, es probable que en este versículo el término se refiera a los cristianos. Es posible, sin embargo, que debamos interpretar este simbolismo como una afirmación en el sentido de que los fieles de *todas* las edades estarán en el cielo. (Vea Hebreos 11.39–40.)

El más asombroso aspecto de las puertas era el material de que estaban hechas: «Las doce puertas eran doce perlas; cada una de las puertas era una perla» (Apocalipsis 21.21a). No era que estaban *cubiertas* con perlas (como lo sugiere la expresión inglesa «the Pearly Gates»); sino que ellas mismas *eran* perlas. Las perlas estaban entre las más codiciadas joyas del mundo antiguo. (Vea Mateo 13.46; 1^{era} Timoteo 2.9.) Una perla que pesara poco más de un gramo —del tamaño de la yema del dedo meñique—²⁹ valía una fortuna. El hombre que tuviera varias de ese tamaño, podía retirarse de por vida. ¡Imagínese, ahora, doce gigantescas perlas, lo bastante grandes para servir de puertas a una ciudad!³⁰

CONCLUSIÓN

¿Hemos de interpretar literalmente las des-

cripciones que se hacen en el texto? Para rebatir a los literalistas, Charles Spurgeon calculó el tamaño de la ostra que se necesitaría para producir una perla lo suficientemente grande para servir de puerta de una ciudad. Después especuló sobre el mar que se necesitaría para que creciera semejante ostra.³¹ Estas imágenes han sido dadas con el propósito de dejarnos anonadados —hacer que exclamemos, movamos la cabeza asombrados y digamos: «Si el cielo es más maravilloso que *como se le describe*, ¡cuán maravilloso deberá de ser en la realidad!».³²

Preguntas para repaso y análisis

1. ¿En qué piensa usted cuando oye la palabra «hogar»? ¿En qué piensa cuando oye la palabra «cielo»?
2. ¿Por qué se usa lenguaje simbólico para describir el cielo? ¿Significa esto que el cielo es más maravilloso que su descripción? ¿Significa que lo es menos?
3. ¿Cuál es el significado simbólico del número «doce»? ¿Cuántas veces se encuentra el número «doce» en el texto que se estudió en esta lección? ¿Qué diferentes combinaciones del número «doce» se usan? (Consulte una versión de la Biblia que no convierta las medidas griegas en medidas de la actualidad.)³³
4. ¿Qué importancia tiene el hecho de que la anchura, la longitud y la altura de la ciudad celestial sean exactamente iguales?
5. ¿Considera usted que tiene algún significado especial el hecho de que las puertas sean *perlas*?
6. Eche una mirada a los detalles del cielo que se dan más adelante en 21.22–22.5. ¿Cuál es, para *usted*, la cualidad más preciosa del cielo?
7. ¿Cómo se puede preparar uno para ir al cielo?

²⁶ Así como no tiene objeto el debatir si hay o no hay referencias a los doce apóstoles incluyendo a Pablo, tampoco lo tiene el discutir si la tribu de Leví era o no la decimotercera tribu. La frase «doce tribus» significaba *todos* los israelitas. ²⁷ Vea la descripción que se hace de las puertas o salidas en Ezequiel 48.30–35. ²⁸ Vea las notas sobre 7.4–8 que están en la lección «La calma en el centro de la tormenta». ²⁹ En los Estados Unidos, yo diría que es «del tamaño de una canica». Podría usar como ilustración visual una piedra redonda (del tamaño de la yema del dedo meñique). ³⁰ Según muchos autores lo consignan, la perla es la única joya que se obtiene como producto del sufrimiento. (Se produce cuando un grano de arena se mete dentro de la concha de la ostra, y ésta cubre la superficie abrasiva del grano en un esfuerzo por aliviar el dolor.) Tales autores trazan el paralelo en el sentido de que la entrada en el cielo invariablemente acarrea padecimiento: El padecimiento de Jesús, y, a menudo, el padecimiento de los que andan en Sus pasos. Tenga o no tenga base bíblica, la anterior es una ilustración que da que pensar. ³¹ Adaptado de H.L. Ellison, *1 Peter – Revelation (1^{era} Pedro – Apocalipsis)*, Scripture Union Bible Study Books Series (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1969), 88. ³² Si usa esta lección como sermón, anime a sus oyentes a prepararse para su hogar celestial. Vea ideas sobre cómo hacer esto en el pie de página 26, de la lección «Nostalgia por el cielo». ³³ N. del T.: La RV no tiene este problema. Además, las equivalencias de las medidas griegas en el sistema métrico decimal, invariablemente se presentan en un apéndice de dicha versión.